

Hansel y Gretel

El terror como camino de maduración

Blanca Álvarez*

Hansel y Gretel, al final del cuento, han madurado, han aprendido que existe la posibilidad de penuria, que sobrevivir exige gestos no siempre amables, que la completa felicidad no existe sino como trampa, que de nada sirve el lamento en la aventura de vivir.

Cualquiera que tenga forma puede ser definido y cualquiera que pueda ser definido puede ser vencido.» Lo aseguró, hace unos cuantos siglos, Sun Tzu, en su tratado *El arte de la guerra*. Todos los niños viven etapas en las cuales el terror se convierte en algo necesario, temido y oscuramente deseado, como si su instinto les asegurase que el miedo es un ingrediente de la vida imprescindible para aprender a crecer enfrentándolo.





NIKOLAUS HEIDELBACH, «HANSEL I GRETTEL» EN CONTES DELS GERMANS GRIMM, CERCLE DE LECTORS/GALÀXIA GUTENBERG, 1998.

Y en eso son expertos la mayoría de los cuentos tradicionales. El peor de los terrores siempre es aquel imposible de nombrar, sin forma concreta, sin contornos, por eso, los niños en su infinita sabiduría, le colocan nombre y lugar de existencia: los monstruos agazapados bajo la cama o en el interior de un armario. Algunos, incluso, los bautizan.

El terror, para ser combatido ha de tener forma, presencia física. De lo contrario se apodera de cualquier resorte imaginativo y se convierte en invencible. Cuando el héroe de una historia vence al «monstruo», sea éste del tipo que sea, el niño-lector siente vencidos sus propios fantasmas. Comprende que «se pueden vencer», también que nunca será tarea fácil y se requieren habilidades para tal victoria. Luego, el terror forma parte imprescindible de toda literatura que se precie de comprender el mundo infantil.

Informar del mundo y sus peligros es mandamiento de obligado cumplimiento

para padres y educadores, disfrazar el mundo y su pavor se torna irresponsabilidad y grave riesgo para los más indefensos. Crecer supone aventurarse en el ignoto bosque de la vida y esa travesía ha de hacerse al acecho, conscientes del peligro y con las armas necesarias para enfrentarlo. La negación es una daga apuntando al corazón mismo de la indefensión.

«No hay vida donde no hay lucha», asegura Gianni Rodari, en su *Gramática de la fantasía*. Y la estructura binaria donde se forma el pensamiento necesita de los contrarios para reconocer la diferencia. Por tanto, el terror, ese miedo sin nombre ni forma, necesita, primero concretarse, da igual que sea en un bosque tenebroso que en el rostro de una bruja o un troll, para después ser definido y acotado, por su contrario: la felicidad, o al menos, el lugar de la calma. Vivir en perpetuo estado de calma, además de imposible, resulta desazonador cuando ese lugar no ha sido fruto de una con-

quista personal. Por tanto, no se trata de evitar el terror y todas sus posibles historias, sino de acercarlas, descifrarlas y mostrar el camino para vencerlo.

Por otra parte, resulta muy útil que los protagonistas del cuento de terror sean niños; de este modo, el lector se identifica con ellos, no sólo en el miedo, sino en aquello que lo combate. «Para conocerse, hace falta poder imaginarse», asegura de nuevo Rodari. Por tanto, eliminar del imaginario infantil aquellos cuentos donde niños como ellos viven situaciones angustiosas, terroríficas, duras o, incluso, imposibles, les resta capacidad para imaginarse a sí mismos resolviendo conflictos similares.

Desprenderse del amparo familiar

Hansel y Gretel vuelve a ser un cuento iniciático con una gran similitud con el de *Pulgarcito* en el planteamiento de unos padres acosados por la penuria: «... cuando en el país reinaba una enorme carestía, no pudieron ni conseguir el pan diario...», muy similar a los repetidos periodos de crisis económicas mundiales, alguna no tan lejana en nuestra memoria y que también sirvió para generar obras maestras como *Las uvas de la ira*. Claro que los autores, como sucede en muchas revisiones de relatos orales, tratan de paliar la tragedia acomodando el papel de los personajes: ella es la *madrstra* porque ya en tiempos de los hermanos Grimm resultaba incorrecto que fuera la madre la malvada, debido a que se le suponen sentimientos más abnegados y altruistas. Del mismo modo, siguiendo la estela de la tradición, el padre, como en casi todos los relatos, simplemente «se deja vencer».

Sin embargo, tras ese acto cruel, se esconde otra necesidad formativa para los más pequeños, y para los padres: es necesario soltarse del amparo paterno para crecer. Algo que los nuevos métodos educativos han relegado al olvido, convirtiendo en permanentes infantes a los hijos; niños, además, con una absoluta desinformación del mundo y sus peligros, y no porque éstos hayan terminado sino porque se pretende una bús-

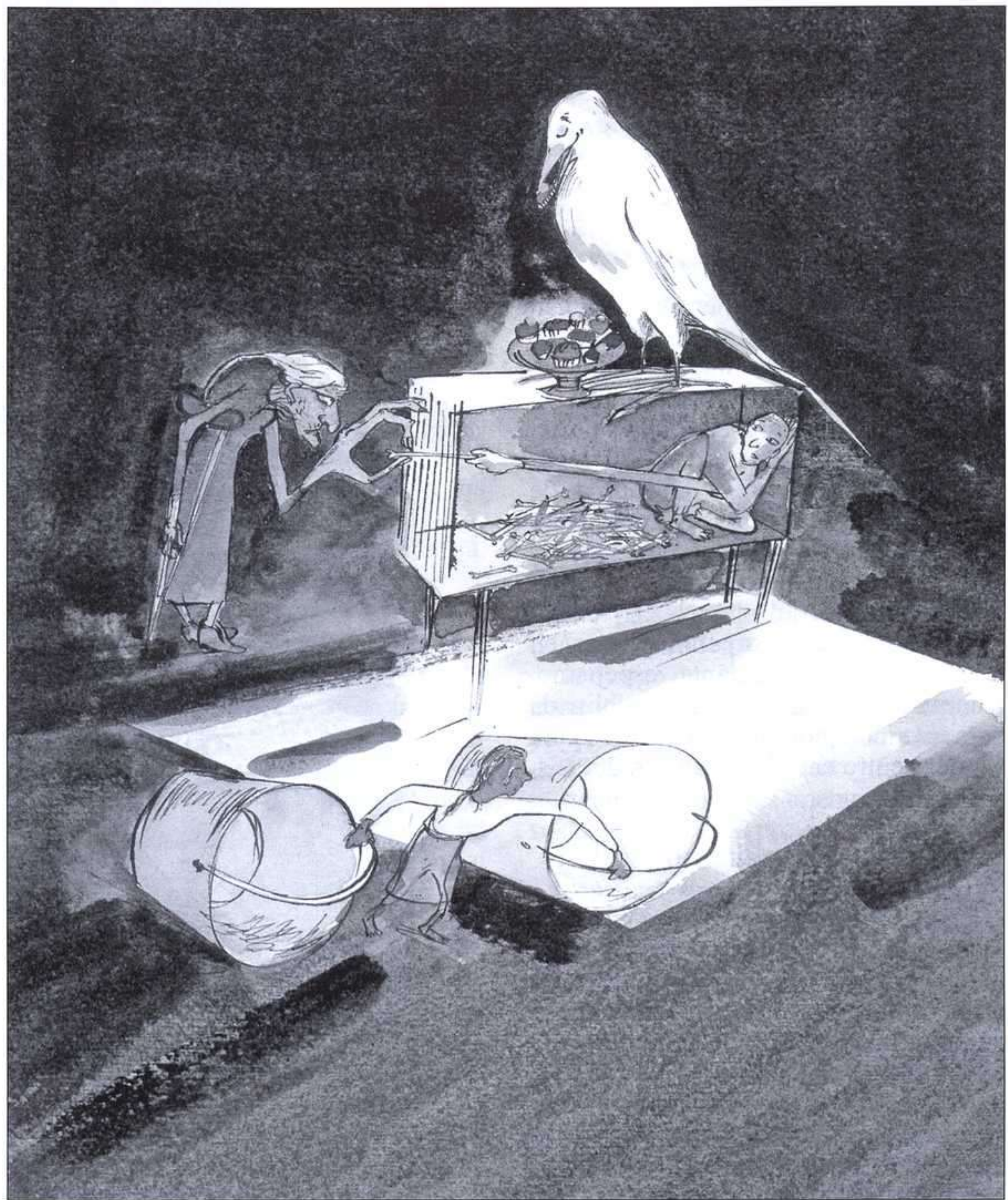
queda del jardín perfecto donde se quisiera tener, encerrados y a salvo, a los retoños. Viven rodeados de «información» pero sin contenido discriminado: las noticias sobre masacres o dolores se colocan en el casillero de lo irreal porque ni se ven, ni huelen, ni se tocan..., ni se mencionan en las conversaciones caseras ni en los cuentos nocturnos.

Se les evita el «camino de aprendizaje» necesario, ese en el que es irremediable incluso equivocarse, como lo hacen los hermanos del relato: los guijarros sirven para mostrar el camino pero las migas de pan no; es bueno regresar a casa, pero no sin haber solucionado antes el problema. Un camino en el que resulta imprescindible desentrañar las claves engañosas, como la casita de dulce, para descifrar la vida y el mundo.

A los protagonistas de este cuento no se les evita el aprendizaje, ni el laberinto que supone el bosque para quien no sabe manejarse en él. Del mismo modo que aprenden la solidaridad necesaria, el apoyo mutuo imprescindible para superar los obstáculos. Son ellos quienes han de dar los pasos que los lleven a la solución de los problemas, mientras los educadores, padres o docentes han de limitarse a dar «armas» suficientes: el aviso es una de ellas, si ese aviso no va envuelto en el engaño de que siempre recibirán ayuda en el momento de peligro. Han de aprender a ser «resilientes», concepto en alza para la psicología moderna y que consiste, no en superar a secas los problemas, sino en digerirlos, asimilarlos como carne y experiencia propia, para llegar a ser mejores, más sabios. El resiliente no se limita a «salir» del problema, sino que, al digerirlo, aprende del mismo y positiviza todo cuanto de negativo tuvo.

Fuera de este proceso, la alternativa puede ser la de derivar hasta un *puer aeternus*, es decir, aquel que se esconde en la protección de la infancia y sus rituales para evitar el necesario paso de la maduración.

Ciertamente es duro dejar atrás el lugar de la protección: «¿Por qué te paras y miras para atrás? —dijo el padre». Porque en esa mirada está la nostalgia de la infancia que ha de abandonarse, el lugar de la no responsabilidad, del cobijo seguro.



JOMA, «HANSEL Y GRETEL» EN MIS CUENTOS PREFERIDOS DE LOS GRIMM, COMBEL, 2007.

Y Hansel y Gretel seguirán todos los pasos de esa aventura hacia la madurez: el primero, el de salir de la protección paterna.

La engañosa casa de dulce

En el camino, tras duras jornadas de búsqueda agotadora a través del laberinto, ven una señal «... al mediodía vieron un hermoso pajarillo, blanco como la nieve». El aprendizaje de «saber mirar». No basta con salir a la aventura y limitarse a una carrera veloz: el camino de la vida está lleno de avisos y señales, es necesario pararse y saber mirar; de lo contrario, el viaje se tornaría inútil porque se limitaría a la desafortunada carrera del conejo de Alicia: «correr agotadoramente para permanecer en el mismo sitio». O, como aseguran que dijo un maestro zen tras ver a sus discípulos atareados sin cesar en busca de la sabiduría exclamó: «¡Eso no es acción.

Es movimiento». La acción, necesaria y dura, ha de acompañarse de la calma a que obliga la reflexión. De otro modo, el aprendizaje resultaría estéril.

El lugar al que llegan se les muestra como el paraíso de cualquier niño: una casa de dulce. El lugar donde permanecerían para siempre, que no es sino el lugar de la «perfecta infancia». Curiosamente, el lugar donde pretenden ubicar de modo permanente a sus hijos los modernos y tiernos padres actuales.

Sin embargo, al igual que no existe el mundo perfecto, inventarlo como parapeto para proteger a los niños es una trampa similar a la casita de dulce en mitad del tenebroso bosque. Se parece mucho a la publicidad que llega, desde el Primer Mundo, hasta el lugar más deprimido. Anuncios de una vida en rosa, con la tecnología y la felicidad al alcance de la mano. Para la mayor parte de los viajeros de patera, sobre todo si son adolescentes, no es un viaje consciente: cierto, huyen del hambre, de la

guerra, de la barbarie, pero no caminan hacia una solución, sino prendidos del «anuncio feliz», deslumbrados por la casita de dulce que, naturalmente, ni estará a su alcance ni recibirán sin peaje. Ya no son Simbad en busca de su destino, sino un pordiosero en busca de migajas que no le pertenecen porque no sabe conquistarlas, porque no se considera un conquistador, como asegura Fátima Mernissi.

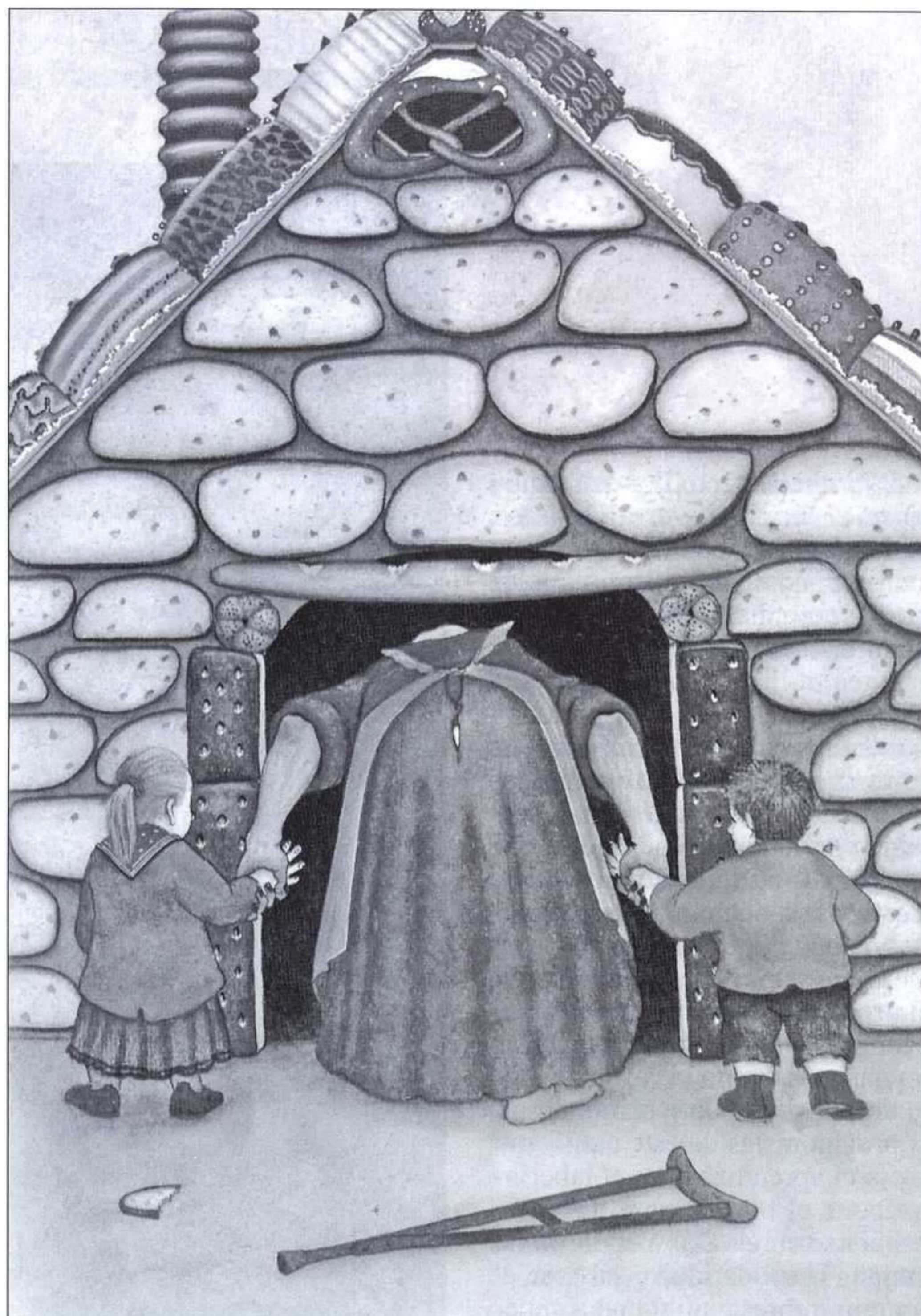
Creer significa superar, y más en estos tiempos, semejante espejismo. Aunque, la pregunta parece obligada para un niño: ¿por qué no quedarse para siempre entre tan nutritivas paredes?

El precio del espejismo

Para empezar porque, tras la maravillosa puerta de chocolate, aguarda una malvada bruja: «Se abrió la puerta y una mujer viejísima, que se apoyaba en una muleta, salió lentamente». La visión exacta del camino a que conduce la madurez: la vejez. Y la vejez se viste con la magia de una bruja, porque es algo malvado, cruel y no del todo deseable, terminar en semejantes trazas. En una sociedad cuyo valor prioritario es cierto tipo de belleza y una juventud llevada hasta el absurdo, enfrentar la vejez como precio necesario para alcanzar estados deseables, se convierte en otra lacra al proceso de maduración infantil.

Tenemos el lugar perfecto para los dos hermanos pero, he aquí que está habitado por la vejez. Y la crueldad, porque el chocolate de la casa no era sino el anzuelo de la malvada bruja para devorarlos: «Cogió a ambos por la mano y los llevó a la casita. Les sirvió buena comida: leche, tortitas con azúcar, manzanas y nueces». No la comida obligatoria y nada al gusto de los niños, sino justamente la que ellos reclamarían como alimento exclusivo.

Han caído en la trampa: el deseado chocolate se convierte en mazmorra, y llega el momento de la «espera activa». No se trata de la pasividad de quien se deja vencer por las circunstancias, sino de la calma necesaria para encontrar el modo adecuado de vencer. Y en semejante tarea han de aprender a discernir el momento preciso para actuar. No se trata



NIKOLAUS HEIDELBACH, «HANSEL I GRETEL» EN CONTES DELS GERMANS GRIMM, CERCLE DE LECTORS/GALAXIA GUTENBERG, 1998.

de que los hermanos protagonistas pertenezcan, con derecho total, al prototipo de personajes de acción, pero tampoco encuadran enteramente en los de destino.

Prepara la bruja el acto final, el horno donde cocinará a Hansel...: «Entonces Gretel le dio un empujón, de tal manera que ella se resbaló más hacia dentro; entonces cerró la puerta de hierro y echó el cerrojo».

No todas las tareas resultan gratas, ni siquiera inocentes, en el camino de la madurez: primero abandonar o ser abandonados por los padres, después, perderse en el laberinto del bosque y aprender a ver las señales, encontrar el lugar donde saciar el hambre... y, por último, vencer a la bruja.

Un final feliz imperfecto

Podría conjugarse el final de la historia en un tiempo verbal imaginario de final imperfecto. Ciertamente que se libran de la bruja, cierto que encuentran el tesoro como recompensa que los libraría del viejo riesgo del abandono... Pero permanecen en el aire unas cuantas pregun-

tas muy al gusto de los niños. «El final feliz significa instalarse sin angustia en el reino de la incertidumbre», asegura Martín Garzo. Algo así como entender las claves del mundo y la vida, comprender la inestabilidad de las mismas y sus maldades pero haber ganado el conocimiento de las capacidades que nos permitirán hacerles frente. Un estado permanente de seguridad, no sólo es imposible sino estúpido y alienante; su contrario, de inseguridad, es sinónimo de incapacidad para afrontar la aventura del mundo.

Hansel y Gretel han aprendido que existe la posibilidad de la penuria, que sobrevivir exige gestos no siempre amables, que la completa felicidad de una casa de dulce no existe sino como trampa, que de nada sirven la queja o el lamento sino para comprobar hasta dónde somos capaces... Que a veces la recompensa son puñados de perlas y oro..., pero a cambio se pierde para siempre la maravillosa casa de dulce.

Vivir consiste justamente en eso: ganar perlas y perder chocolate. ■

*Blanca Álvarez es escritora y periodista.